El Imperio de Alejandro

Aspectos geográficos e historiográficos

F. Javier Gómez Espelosín
Borja Antela-Bernárdez (Eds.)



MONOGRAFÍAS
HUMANIDADES 64

UAH

El Imperio de Alejandro

Aspectos geográficos e historiográficos

UAH MONOGRAFÍAS
HUMANIDADES 64

El Imperio de Alejandro

Aspectos geográficos e historiográficos

F. Javier Gómez Espelosín
Borja Antela-Bernárdez (Eds.)

Universidad de Alcalá
SERVICIO DE PUBLICACIONES

El contenido de este libro no podrá ser reproducido,
ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

© Universidad de Alcalá, 2016
Servicio de Publicaciones
Plaza de San Diego, s/n
28801 Alcalá de Henares
www.uah.es

I.S.B.N.: 978-84-17729-94-3
Depósito legal: M-38039-2016

Composición: Solana e Hijos, A. G., S.A.U.
Impresión y encuadernación: Solana e Hijos, A.G., S.A.U.
Impreso en España

ÍNDICE

PRESENTACIÓN 9

1. Pedro Barceló, Universidad de Potsdam
Alejandro Magno. Consideraciones sobre una biografía excepcional 15

2. F. Javier Gómez Espelosín, Universidad de Alcalá
Una geografía de la confusión: Ignorancias, interferencias y contradicciones 29

3. Antonio Ignacio Molina, Universidad de Alcalá
The Kings of Macedonia and the Crossing of the Hellespont 51

4. Adolfo Domínguez Monedero, Universidad Autónoma de Madrid
Alejandro y las ciudades griegas de Asia Menor. Entre conquista y liberación 75

5. Borja Antela-Bernárdez, Universitat Autònoma de Barcelona
Tracia, Sogdiana, India. Alejandro Magno y las políticas de frontera 117

6. Giuseppe Squillace, Università della Calabria
Alessandro nelle terre degli aromi 157

7. Clàudia Zaragozà, Universitat Autònoma de Barcelona
Territorio, geografía y política matrimonial de Filipo II y Alejandro 175

8. César Sierra, Università della Calabria
Concepto y aprovechamiento del desierto en la expedición de Alejandro 197

9. Mariachiara Angelucci, Università di Pavia
L´elemento del meraviglioso nei viaggi di Alessandro Magno. Tra verità e mito 211

Presentación

La abundancia, seguramente excesiva, de libros acerca de la figura de Alejandro constituye una dificultad añadida al acercamiento a su historia. Esta circunstancia ha obligado a los estudiosos del tema a estrechar cada vez más el ángulo de enfoque y a centrar la atención sobre aspectos cada vez más especializados dentro de la hercúlea tarea que supone cualquier intento de entender cada vez mejor la compleja andadura del conquistador macedonio por la historia. La gama de aspectos y matices que se han ido incorporando dentro de esta tentativa es cada vez mayor y resulta cada vez más difícil encontrar el filón adecuado. Sin embargo, uno de los temas que quizá ha ocupado en menor medida el interés de los estudiosos ha sido la particular relación de Alejandro con la geografía, a pesar de la importancia que se le suele reconocer en las historias generales de la geografía como artífice del descubrimiento efectivo del continente asiático en toda su inmensidad.

No existe de hecho hasta la fecha ninguna monografía dedicada por completo al tema y tampoco es muy grande el número de trabajos que han tratado sobre la cuestión, si juzgamos a partir del repertorio bibliográfico de Jakob Seibert del año 1972, donde las publicaciones al respecto ocupan tan solo una página, en notorio contraste con otra clase de cuestiones[1]. Los trabajos más destacados se remontan casi todos ellos a la primera mitad del siglo XX y son fundamentalmente alemanes, como las contribuciones de Endres, Burr o Berve[2]. Algunas historias generales de la geografía antigua le

---

[1] Seibert 1972, 216-217.

[2] Endres 1924; Burr 1947; Berve 1966.

han dedicado un espacio importante al tema, como las de Henry Tozer, Christian Van Paasen, Oliver Thomson, Paul Pédech, y más recientemente la de Serena Bianchetti[3]. Ya en los últimos tiempos el tema ha empezado a adquirir una cierta mayor relevancia en trabajos de como los de Serena Bianchetti, Francesco Prontera, Veronica Bucciantini o Hans Joachim Gehrke[4].

La relación de Alejandro con la geografía constituye una cuestión compleja y va mucho más allá de la suma de nuevos conocimientos geográficos que pudieron adquirirse en el curso de la expedición de conquista. La percepción global del orbe que pudieron tener los participantes en la expedición, las posibles diferencias de formación y acceso a las informaciones disponibles entre el estado mayor macedonio y el conjunto de las tropas, el papel específico de cuerpos especializados como los bematistas, las constantes interferencias entre los patrones de la geografía mítica imperantes y las inevitables constataciones de la realidad según avanzaba el proceso de conquista, el influjo de la propaganda oficial y el deseo evidente de magnificar las empresas de Alejandro asimilándole a los grandes héroes o la compleja dialéctica entre viejos y nuevos esquemas a la luz de los descubrimientos realizados constituyen tan solo algunas de las cuestiones fundamentales implicadas en el tema. A ellas se suman otros aspectos fundamentales aparentemente ajenos como los objetivos de la conquista, las formas de control y dominio de los territorios conquistados, la relación con las elites gobernantes locales, la creciente asimilación de las formas y modos persas, la gestión y disposición de las fronteras del imperio o la propia construcción de una imagen ecuménica derivada de las experiencias y logros de la expedición que bien afectan de forma directa a todo este tema o se vieron influenciados por él de manera importante.

No resulta fácil separar o delimitar las diferentes esferas de actuación de Alejandro en el curso de la campaña de conquista. Alejandro fue indudablemente un explorador y un descubridor de nuevos territorios pero dicha faceta se hallaba estrechamente vinculada a su condición de conquistador que perseguía como fin principal añadir nuevas tierras a sus dominios. La exploración como preludio necesario de la conquista, se había ya producido anteriormente en el imperio aqueménida, especialmente durante el reinado expansionista de Darío I[5]. Las exploraciones realizadas no solo contribuían

---

[3] Tozer 1935, 122-143; Van Paasen 1957, 263-284; Thomson 1965, 123-136; Pédech 1976, 75-91; Bianchetti 2008, 53-60;

[4] Bianchetti 2005; Prontera 2012 y en prensa; Bucciantini 2015 y 2016 y Gehrke 2011 y 2016.

[5] Martin 1965.

al mejor conocimiento de las zonas que iban a ser objeto de conquista inmediata, sino que debían además quedar articuladas adecuadamente dentro de los esquemas del mundo imperantes. Al mismo tiempo debían quedar también integradas dentro del marco político-administrativo que regía el naciente imperio. Las conquistas de Alejandro siguieron en este terreno un camino ya trazado anteriormente con la diferencia de que la mayor parte de las nuevas posesiones territoriales se encontraban ya integradas dentro de una estructura imperial anterior que había demostrado sobradamente su eficacia a la hora de estructurar territorios y gentes heterogéneas bajo un solo centro de poder. Alejandro optó generalmente por la continuidad en este terreno. La geografía con todas sus implicaciones no constituía, por tanto, un ámbito especializado y propio, sujeto tan solo a las especulaciones derivadas de una determinada concepción del mundo y a los debates que suscitaba el choque con los nuevos descubrimientos sino que como un apartado más de la estrategia de conquista se ponía enteramente al servicio de las necesidades imperiales de dominio, que eran sin duda el núcleo duro sobre el que pivotaban cualquier otra clase de apreciaciones.

La experiencia geográfica de Alejandro fue muy diversa y estuvo altamente condicionada por la diversidad de las circunstancias políticas locales. Fue sobre todo una experiencia cambiante que fue evolucionando en el curso del avance de la campaña. Se abre así el libro con las reflexiones acerca del carácter excepcional de la biografía del monarca macedonio a cargo de Pedro Barceló, que no pudo tomar parte en el coloquio por causa de absurdos problemas en la gestión del correo, continúa después con un capítulo acerca del carácter general de la geografía que emerge de nuestros testimonios y de las diversas circunstancias que contribuyen a la imagen de confusión resultante, obra de Francisco Javier Gómez Espelosín. Les sigue un capítulo sobre la significación del cruce del Helesponto en el imaginario de la monarquía macedonia realizado por Antonio Ignacio Molina. Adolfo Domínguez Monedero considera la cuestión de la compleja relación de Alejandro con las ciudades griegas de Asia Menor que se debatían en medio de las proclamas de liberación y la realidad efectiva de la conquista. Ignacio Borja Antela se ocupa de la espinosa cuestión de las fronteras del imperio y la forma en que fueron configuradas dentro de los territorios limítrofes alcanzados por la conquista. Giuseppe Squillace trata el tema de la aspiración de Alejandro al dominio de la tierra de los aromas con sus diferentes implicaciones. Claudia Zaragozá se adentra en el terreno más simbólico de la geografía de las políticas matrimoniales seguidas por Filipo y Alejandro. César Sierra explora las implicaciones del posible aprovechamiento de los desiertos que constituyeron una realidad inevitable dentro del proce-

so de conquista. Mariachiara Angelucci explora la compleja dialéctica entre veracidad y mito al tratar de los elementos maravillosos dentro del viaje de exploración del monarca macedonio.

Todas estas contribuciones constituyen así diferentes aspectos de las estrechas y complejas relaciones que existen entre los fenómenos de la exploración y la conquista en el caso de la expedición oriental de Alejandro, un tema que ha sido objeto de un proyecto de investigación financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad con referencia FFI2012-36220-C02-02 y que forma parte también de los debates y cuestiones promovidas dentro del Grupo de Investigación: Percepción y gestión del espacio en la Antigüedad de la Universidad de Alcalá. Entre las diferentes actividades previstas en el curso de su realización se hallaba la celebración de un coloquio internacional con el objetivo de contrastar opiniones y perspectivas con otros colegas interesados en el tema. Este tuvo lugar en la Universidad de Alcalá el día 15 de diciembre de 2016. Este libro es el resultado de dicho encuentro.

Bibliografía

Berve H. 1966: «Alexander der Grosse als Entdecker», en *Gestaltende Kräfte der Antike*, Munich, 333-353.

Bianchetti S. 2005: «La concezione dell´ecumene di Alessandro in Diodoro XVII-XVIII», en C. Bearzot y F. Landucci (eds.), *Diodoro e l´altra Grecia. Macedonia, Occidente, Ellenismo nella Biblioteca storica*, Milán, 127-153.

Bianchetti S. 2008: *Geografia storica del mondo antico*, Bolonia.

Bianchetti S., Cataudella M. y Gehrke H. J. (eds.) 2016: *Brill Companion to Ancient Geography. The Inhabited World in Greek and Roman Tradition*, Leiden.

Bucciantini V. 2015: *Studio su Nearco di Creta. Della descrizione geográfica alla narrazione storica*, Alessandria.

Bucciantini V. 2016: «Geographical Description and Historical Narrative in the Tradition on Alexander´s Expedition», en Bianchetti, Cataudella y Gehrke 2016, 98-109.

Burr V. 1947: «Das geographische Weltbild Alexanders des Grossen», *Würzburger Jahrbücher für die Altertumswissenschaft*, 2, 91-99.

Endres H. 1924: *Geographischer Horizont und Politik bei Alexander dem Grossen in den Jahren 330-323. Ein Beitrag zur Würdigung Alexanders*, Würzburg.

Gehrke H. J. 2011: «Alexander der Grosse-Welterkundung als Welteroberung», *Klio* 93, 1, 52-65.

Gehrke H. J. 2016: «The Revolution of Alexander the Great: Old and New in the World´s View», en Bianchetti, Cataudella y Gehrke 2016, 78-97.

Martin V. 1965: «La politique des Achéménides: L´exploration prélude de la Conquête», *MH* 22, 1, 38-48.

Pédech P. 1976: *La géographie des grecs*, París.

Prontera F. 2012: «Le porte Caspie: dalla topografía alla geografía», en R. Bargnesi y R. Scuderi (eds.), *Il paesaggio e l´esperienza. Scritti di antichità offerti a P. Tozzi in occasione del suo 75º compleanno*, Pavia, 129-134.

Prontera F. en prensa: «The Indian Caucasus from Alexander to Eratosthenes», en C. Antonetti (ed.), *Anabasi. Sulle orme di Alessandro dalla morte di Dario*, Venecia.

Seibert J. 1972: *Alexander der Grosse*, Darmstadt.

Thomson J. O. 1965: *History of Ancient Geography*, Nueva York.

Tozer H. F. 1935: *A History of Ancient Geography*, Cambridge.

Van Paasen Ch. 1957: *The Classical Tradition of Geography*, Groningen.

Alejandro Magno
Consideraciones generales sobre una biografía excepcional

Pedro Barceló
Universidad de Potsdam

Sobre el legendario rey macedonio Alejandro III más conocido bajo su sobrenombre Magno disponemos de un cúmulo de informaciones tardías, distorsionadas y de segunda mano (Diodoro, Plutarco, Quinto Curcio Rufo, Arriano, Justino). Ante esta evidencia es imposible trazar un perfil fiable del emblemático personaje. Sin embargo, se han conservado una larga y a veces contradictoria serie de calificativos que nos acercan a las peculiaridades de su comportamiento: estadista enérgico, genial estratega, brutal guerrero, aventurero, luchador audaz, una hoguera de pasión y anhelo, una naturaleza exuberante, incansable viajero, exaltado caudillo siempre en los límites de lo posible, más impulsado que impulsor, un potentado sin escrúpulos, de refinada cultura, especialmente sensible a la literatura, al arte y la ciencia, curioso y versátil, de disposición religiosa, muy tocado por la presencia de lo divino, pero también iracundo, sin dominio de sí mismo, generoso y feroz a la par, apasionado, calculador, valeroso hasta la soberbia, capaz de las más grandes hazañas y de los mayores desmanes, despótico y sensible a la vez, inclinado a los placeres de la vida, ascético, excitable, desmesurado, egocéntrico y magnánimo, frío y encantador, liberal y vengativo, intrépido y resistente a los extremos, racional y pasional, incapaz de rechazar ningún desafío,

innovador y a pesar de ello consciente de la tradición, conquistador, destructor y visionario.

Todas estas percepciones son los granos de arena que nos permiten al lado de las noticias transmitidas por la tradición literaria construir la imagen de un personaje que se desenvuelve entre el halo del mito y la realidad de la historia. Su más conocida odisea, la conquista del Imperio Persa, había durado unos once años. Toda la esencia de sus logros y de lo que se ha querido ver en ellos guarda relación principalmente con este lapso de tiempo tan escaso. Por ello las bases para evaluar su actuación histórica muestran una llamativa desproporción entre el espacio, el tiempo y la eficiencia que rodean una biografía política marcada por la increíble densidad de protagonistas y sucesos. No hay casi ningún año que transcurriera sin hechos dignos de mención, casos dramáticos o vuelcos sensacionales. De cara a su espectacular entrada en el cambiante escenario político del mundo de su época, cualquier análisis retrospectivo de su actuación entraña el peligro de exagerar el balance de estos años, de relativizarlo o incluso de menospreciarlo. Sin su energía y determinación nunca hubiera sometido al Imperio Aqueménida. Pero por otra parte fue responsable inmediato de la campaña índica, con los reveses y las crisis que siguieron. Como resultado directo de su conciencia de estar marcado para una misión se pueden mencionar las fundaciones de numerosas ciudades que han inmortalizado su nombre hasta hoy. El hecho de que su titánica personalidad permanezca en la memoria colectiva subraya lo extraordinario de su trayectoria vital, que desde muy temprano entró en la esfera de la leyenda.

Todo comenzó con la expedición contra el Imperio Aqueménida, que emprendió como rey de los macedonios y caudillo de la Liga Corintia a la par. De esta doble función resultaron sus esfuerzos para equiparar las divergentes demandas que se produjeron durante sus conquistas. Cuanto más se adentraba en el Oriente, más radicalmente se transformaban tanto su imagen como su comportamiento. Tras sus éxitos iniciales, las primeras leyendas multiplicaron velozmente las fases históricamente comprobables de su expedición asiática. Ya después de su llegada a la orilla oriental del Helesponto, cuando proclamó en nombre de Aquiles la liberación de los griegos jonios del yugo persa, se disipó toda sospecha de que solo tenía en mente una expedición de castigo como las usuales y se evidenciaron las implicaciones de sus metas. Muchas otras puestas en escena cargadas de simbolismo, como la lanza arrojada a suelo asiático, el sacrificio en Áulide, la visita a Troya o los honores a la tumba de Aquiles enlazan con episodios de connotaciones mitológicas con los que Alejandro estaba reclamando para su campaña la protec-

ción de los héroes griegos que habían combatido en Troya. Tal empresa, marcada por muchos interrogantes, debía recordar a los personajes homéricos y, así, utilizar el mito de un pasado glorioso al servicio de un futuro incierto.

La primera fase de la expedición, especialmente arriesgada y que –a diferencia de lo que afirman las fuentes, posteriormente embellecidas– llevó al joven rey al borde del fracaso[1], se halla bajo la égida de una ideología panhelénica, de la que Alejandro se erigió en ejecutor de forma muy efectiva ante la opinión pública griega. Sin embargo, después de haber ocupado las satrapías occidentales del Imperio Aqueménida, Alejandro integró elementos y personalidades persas en su sistema de poder. Modificó las circunstancias que imperaban en esos lugares lo menos posible y encargó a hombres de confianza –macedonios, en primera línea– los puestos clave de su gobierno. También hubo griegos que recibieron puestos importantes. Junto a ellos miembros cuidadosamente elegidos de la cúpula dirigente persa recibieron funciones de gobierno en una cadena de mando que se ampliaba cada vez más. En ello ya se evidenciaba el pragmatismo impertérrito de Alejandro –que contradecía el espíritu presuntamente panhelénico de su expedición– como una constante en su futura estrategia de conservación del poder.

Cuando Alejandro entró en Caria se hizo visible una faceta de su estilo de gobierno que posteriormente haría aparición de manera similar en Egipto y Babilonia: la regeneración de las tradiciones desplazadas durante el dominio persa en cada uno de los territorios que se iban conquistando. En primer lugar consiguió ser adoptado por la princesa caria Ada, para que la población nativa lo aceptara como heredero legítimo. El impulso hacia el afianzamiento de su poder, que de ninguna manera se podía considerar establecido, le llevó pronto a utilizar en la propaganda de guerra oficial un difuso conglomerado ideológico que debía ser adaptado en cada momento a las cambiantes condiciones.

Tras la victoria de Iso Alejandro rehusó la solución negociada que proponía Darío III. Con el rechazo consciente de firmar la paz se ponían de manifiesto sus ambiciones sobre la totalidad del continente asiático. No le importaba crear una Gran Macedonia a imagen de su padre Filipo II[2]. Las metas de

---

[1] Alejandro tuvo suerte de que su inferioridad marítima al comienzo de la campaña no fuera aprovechada por los persas. A ello se añadía el factor suerte. La inesperada muerte de Memnón, el rival más importante de Alejandro, en la primera fase de la campaña, le liberó del lastre de una guerra agotadora y difícil de ganar en el oeste: J. *BJ* 5, 460s.

[2] Heuss 1977, 37s.

Alejandro eran mucho más ambiciosas. El dominio que ya poseía sobre Macedonia, Grecia y Asia Menor debía concluir con su conquista de todo el Imperio Aqueménida. Se perfilaba por primera vez en el horizonte la idea de una soberanía universal que pudiera abarcar a la vez el Oriente y el Occidente. A fin de conseguir este objetivo tan elevado puso en marcha a su excepcional ejército, con lo que el destino de toda Macedonia entraba en juego.

Con la conquista de Egipto y su coronación subsiguiente como faraón, Alejandro se alejó considerablemente de su patria macedonia. De especial relevancia resultó su visita al santuario de Zeus-Amón en el oasis de Siwa, donde obtuvo una confirmación de su origen divino, o al menos esto es lo que se pudo sugerir en su entorno. Es muy destacable la continua legitimación propagandística de sus múltiples pretensiones políticas a través del recurso a lo sagrado y a motivos religiosos: hay ejemplos como las señales divinas en Sardes, al poner la primera piedra del templo de Zeus –o más tarde en Janto[3]–, el episodio del nudo gordiano o los diversos sueños proféticos como el que precedió a la toma de Tiro[4] y Gaza. Esta serie de profecías y prodigios debía ser expresión de que la voluntad divina estaba conforme con su actuación y , a la vez, espolear los ánimos para conseguir mayores éxitos. En el marco de su ideología de conquista Zeus-Amón desempeñó un papel muy señalado. Su adaptación por parte de Alejandro le llevó a fundirse en una asimilación progresiva con el dios: Alejandro, que se presentaba como estirpe de Zeus-Amón, sería cada vez más tomado como tal. Sus intentos de llegar hasta los límites del mundo conocido y así emular e incluso superar las hazañas de Heracles o Dioniso, dan buena cuenta de estas tendencias de identificación[5].

La imparable progresión de Alejandro hacia la gloria, la fama y el poder recibió la anhelada confirmación inmediatamente después de la derrota definitiva de su rival Darío III en el año 331 a. C., cuando, aún sobre el campo de batalla de Gaugamela, fue proclamado por el victorioso ejército como rey de Asia. Tal título, que anunciaba su pretensión a los derechos de soberanía continental, nunca había sido ostentado por ningún otro soberano[6]. Después de su entrada

---

[3] Plut. *Alex.* 17, 4.

[4] Arr. *An.* 2, 18, 1; Plut. *Alex.* 24, 5-10.

[5] Sobre las relaciones de Alejandro con Zeus-Amón, Heracles y Dioniso es fundamental consultar Heuss 1954, 69ss. Para las evidencias sobre la religiosidad de Alejandro Blázquez 2000; para la dimensión mítica de la actuación de Alejandro, vid. Gehrke 2004, 69ss. Las acuñaciones de monedas de Alejandro relacionan especialmente al dios padre Zeus con los motivos de Heracles, en ese sentido Price 1991, 5, 78, 93, 2995, 3620, 3964.

[6] Andreotti 1957, 125.

triunfal en Babilonia, tomó posesión de las residencias reales y cumplió así el sueño de una vida, al sentarse en el trono de los Aqueménidas en Susa.

El incendio del palacio de Persépolis fue el punto álgido de su expedición y, simultáneamente, una señal muy consciente de que había llegado el final de su campaña de venganza. Pero justo después de este episodio emprendió a toda prisa la restauración de la tumba del fundador de la dinastía, Ciro, en Pasargadas, para demostrar su reverencia por el creador del Imperio Persa. En el mundo griego era enorme la admiración por Ciro, al que Jenofonte había dedicado su *Ciropedia*, una obra que Alejandro seguramente conocía. Su aprecio por Ciro, que tan ostentosamente anunciaba, contenía un claro componente político[7]. Como en el caso de Ada, la princesa de Caria, o en el de los faraones, Alejandro reclamaba para sí la condición de heredero y el reconocimiento de la misma. Ciro quedaba así como el predecesor de este joven conquistador del mundo. Y si repasamos más de cerca toda la serie de gloriosos «predecesores» que Alejandro reclamó tener en el transcurso de sus expediciones, llama la atención que modelos tanto humanos como divinos quedan unidos en una genealogía del éxito: Filipo II, Aquiles, Ada, los faraones egipcios, Zeus-Amón, Heracles, Dionisos y ahora también Ciro, que personificaba las virtudes ideales de la casa aqueménida. El recurso a estos iconos fundacionales anunciaba un mensaje inconfundible: Darío III no valía para seguir los pasos de Ciro. Solo Alejandro había demostrado ser, por medio de su fuerte personalidad y de sus hazañas, un digno heredero del fundador del imperio.

Tras la ejecución de Darío III en 330 a. C. Alejandro adoptó las costumbres cortesanas de los Aqueménidas. Se vestía al estilo persa, usaba el sello real de Darío III y se hacía saludar por medio de la *proskynesis*. La oposición de los macedonios no atendía a razones y así se produjeron frecuentes problemas de lealtad[8], ante los que Alejandro reaccionó de forma implacable, haciendo ejecutar en primer lugar a Filotas y a su padre Parmenión. Sin embargo, el descontento permanecía, lo que llevó a desencadenar una crisis personal en el camino a Maracanda, cuando Alejandro mató con sus propias manos a su camarada Clito. Poco después una parte de su séquito macedonio, encabezado por Calístenes, se negó a cumplir con el rito de saludo de la *proskynesis*. El rey no olvidó esto y con motivo de la conspiración de los pajes se desembarazó de él. La oposición contra Alejandro se dirigía no sólo

---

[7] Más testimonios al respecto en Müller 2003, 173-175.

[8] Andreotti 1957, 131-133.

contra sus maneras progresivamente autocráticas, sino que era a la vez una reacción a los errores de planificación y los problemas de difícil solución en la campaña de 330 a 327 a. C. que amenazaban llevar a un callejón sin salida en los territorios del oriente iranio. Una serie de reveses importantes había minado la autoridad del rey quien, además, había reaccionado con pragmatismo y brutalidad. El descontento de la nobleza militar macedonia permanecía e incluso seguía creciendo con renovadas fuerzas durante las etapas más críticas de la expedición. El punto culminante de esta situación se pudo ver en el año 326 a. C., con la negativa de las tropas a seguir avanzando hacia Oriente en el Hífasis, y en el 324 a. C., con el motín del Opis.

La resistencia en las propias filas se relacionaba también con la cuestión de la futura configuración política de los territorios conquistados en Asia. Si los persas hubieran ocupado Grecia, lo que parecía totalmente imaginable a comienzos del siglo V a. C., el país se hubiera convertido fácilmente en una satrapía más del Imperio Aqueménida. Y ello no habría alterado lo más mínimo el equilibrio político existente en ese estado, sino que simplemente habría supuesto una ampliación de los dominios del mismo. La tradición imperial de las grandes potencias orientales como Sumeria, Acadia, Asiria o Babilonia, cuyo legado ostentaban persas y medos, les facilitaba esta tarea. Al otro lado se alzaba el rey macedonio, que no disponía de un modelo comparable de integración territorial, que pusiera a su alcance la experiencia necesaria y los mecanismos adecuados para llevar a cabo una misión de tanta complejidad. Mientras que las inmensas extensiones del Imperio Aqueménida podían vertebrar las nuevas conquistas de territorio de una manera relativamente sencilla, la monarquía macedonia apenas podía conservar de la misma forma sus adquisiciones: y ello no solo porque los enormes territorios conquistados estaban aplastando al poder central, sino también porque se veía desbordada para esta tarea a causa de su propia estructura e historia. Ciertamente, el hecho de que Alejandro no encontrara respuesta a este descomunal desafío, estaba relacionado con la inesperada serie de éxitos que había alcanzado y que se habían convertido en un estado de las cosas a más velocidad de la que hubiera podido pensar. Sin embargo, habría que achacar más a la debilidad estructural de su posición de partida que a la confusión del conquistador la modificación gradual de las promesas y objetivos que había ido proclamando en el transcurso de la expedición: la liberación de los griegos del yugo persa; la conquista de Asia Menor y el castigo a los persas por la devastación de Grecia, la conquista de Mesopotamia e Irán; la venganza por la muerte de Darío III; la conquista del Oriente iranio y la integración de la élite dirigente persa, la boda masiva en Susa, etc.

Por el contrario, los métodos con los que aseguró su dominio sobre los territorios demostraron ser estables y efectivos. Alejandro estableció desde el principio las prácticas administrativas persas y se transformó cada vez más en un soberano occidental sobre un trono oriental. «Babilona en lugar de Pela», podría ser el lema de su nueva orientación política, cada vez más claramente marcada.

Los éxitos de Alejandro se convirtieron en un claro precedente. Como las condiciones políticas imperantes eran tan variables y quedaban a la vista sin miramientos, se abrió la posibilidad de construir nuevas síntesis. Una de las consecuencias que tuvo más repercusión posterior fue el nacimiento de un nuevo horizonte geopolítico. De repente se quebraron –y en parte se superaron– tanto la estrechez de miras del mundo de las *poleis* griegas y la dimensión regional del estado tribal macedonio, como la cerrazón de las tierras asiáticas del Imperio aqueménida,. De todo ello resultó un nuevo mundo globalizado, con una concepción y representación del mismo más precisa y un entendimiento más profundo de la imbricación entre tierra y mar. La mayor permeabilidad entre Este y Oeste, la evidente mejora de las formas de comunicación y una idea de la territorialidad desconocida hasta el momento conllevaron la creación de nuevas zonas culturales que sobrepasaron toda medida espiritual y dimensión geopolítica heredadas de la tradición.

Desde que Alejandro tomara la responsabilidad del gobierno se había convertido en el hombre más poderoso del mundo. La base de su excepcionalidad ya no solo la constituía el reino argeada, sino la multiplicidad de los derechos reales que resultaban de sus conquistas. Era rey de Macedonia y Asia, hegemon de la Liga Corintia, faraón egipcio, y señor de innumerables ciudades y tribus que le habían jurado fidelidad. Esta impresionante adicción de funcionarios, medios y poderes a su disposición le confirió una autoridad más allá de toda discusión. Podía usar a su arbitrio tropas, recursos, personas, tierras, medios pecuniarios, flotas, ciudades, vituallas. El ejercicio de este poder por parte del rey, ligado a algunas restricciones, quedaba progresivamente en el trasfondo, mientras que su estilo de gobierno se parecía cada vez más al de los aqueménidas. Los soberanos persas eran dueños absolutos de la tierra y las personas. Aunque disponían de una corte de consejeros, se erigían como última instancia de todas las decisiones[9]. Eran, en definitiva, herederos de las monarquías del antiguo Oriente con su pretensión de sobe-

[9] Briant 1996, 177ss.